

A PROPÓSITO DE UN DISCURSO QUE ESTÁ DE MODA: ¿QUÉ SOMOS Y PARA DÓNDE VAMOS?

Fabio Silva Vallejo*

Conoces el nombre que te dieron no conoces el nombre que tienes. *José Saramago*

Quiero aclarar que este ensayo como nuestra historia y nuestra cultura están en formación y que como ellas mismas son el producto de otros discursos, de otras experiencias, de otras palabras venidas de otros idiomas pero sobre todo es el resultado o más bien una mínima parte de un resultado de un experiencia, de una realidad de un individuo que hace parte de un conjunto de individuos al que afanosamente debemos incluir en algo abstracto que se llama cultura que dizque genera identidad y conlleva a fortalecer la nación y todo eso sumado y mezclado en una especie de tutifrufruti será lo que nos hará *ser*.

Dice Rorty: "La verdad es algo que se construye en vez de algo que se halla" De esta corta frase tomada del capítulo número uno de su libro *Contingencia, Ironía y Solidaridad* iniciamos nuestra reflexión. La primera pregunta que nos surge es cuál es la verdad de América y por ende de todos sus integrantes incluido Colombia. Hemos hecho de América una verdad o simplemente hemos hallado una serie de acontecimientos que la representan como América. Es indudable que hasta hace muy poco es que hemos comenzado a construir nuestra verdad ya que en otros momentos históricos o contemporáneos pretendíamos o pretendemos hallarla en otras experiencias. Nuestra historia es corta si bien eso nos hace vulnerables en algunas cosas, en otras como en este caso nos resulta muy cómoda para volver a repasar e identificar nuestros errores y nuestros aciertos que en sus inicios fueron totalmente inconscientes. Si creemos al igual que Rorty que la verdad es

algo que se construye, ¿desde cuándo estamos construyendo nuestra verdad?, ¿en qué momento de nuestra historia dimos inicio a nuestra verdad y no una simulación del otro?

La verdad de América a diferencia de la verdad europea o la verdad asiática se encuentra en discusión. La verdad europea se ha construido a partir de sus propias experiencias, de sus reflexiones, de sus improvisaciones, de sus invenciones, es decir Europa se ha hecho a partir de los europeos, se ha hecho a partir del conocimiento de sus posibilidades. Un caso bien paradójico es el



* Director del Programa de Antropología. Universidad del Magdalena.

paso del mito a logos para generar lo mitológico. El pensamiento occidental es el producto de la reflexión constante de cómo se puede pasar de lo imaginario –oral a lo racional– escrito, los presocráticos son los visionarios de la racionalidad cuyas bases se inician en el mito. Pasar del pensamiento oral que, al decir de Ong, es acumulativo e irreflexivo al pensamiento generado por la escritura que permite la reflexibilidad y la reversibilidad como parte de una dinámica propia de desarrollo da las herramientas suficientes para identificar exactamente los caminos por donde se va construyendo su verdad. Esto nos permite asegurar que Europa y gran parte de Asia son el producto de sus dinámicas, de sus dialécticas, su conocimiento es el producto de la suma de sus propios conocimientos, en síntesis Europa es el resultado de los europeos y Asia es el resultado de los asiáticos.

Y, ¿América es el resultado de qué o de quién?, creo que ahí está nuestra diferencia. América ha sido el resultado del azar y como tal es el resultado de la oralidad y la escritura, de la herejía y la devoción, de la inocencia y la barbarie, de lo propio y lo ajeno, del mito y la razón, de la premodernidad y la postmodernidad. A diferencia de Europa y Asia nuestra madre es putativa y por ende casi desconocida y de parte de nuestro padre somos el producto de un embarazo no deseado, no planeado. Es decir que nuestra madre es el mito y nuestro padre la razón, nuestra madre es la oralidad y nuestro padre la escritura, nuestra madre es la inocencia y nuestro padre la barbarie, nuestra madre para seguir siendo madre se valió de la herejía, nuestro padre utilizó la devoción, nuestra madre es propia y ajena a la vez, nuestro padre se apropió de lo ajeno y de todo a la vez. Pero y si ya somos parte de la historia, si ya estamos en las grandes enciclopedias registrados, dolorosamente como el *tercermundo*, ¿de qué manera cabemos dentro de las “modas” intelectuales creadas por los otros?

Indiscutiblemente que la “última moda” es la de ubicarnos en la modernidad o como dice García

Canclini en la “prepostmodernidad”. Como sé que hay una basta bibliografía sobre el tema de la modernidad y la postmodernidad, utilizaré el ensayo del profesor Darío Botero¹ y quien sintetiza a la modernidad en tres grandes ideas:

Es el periodo en el cual el conocimiento, el pensamiento, el arte e incluso algunos usos de la política y de la vida social, pueden explicarse y organizarse entorno a la razón.

La idea de la historia como un proceso polivalente organizado entorno a la economía; el cual generaría a partir de ella las formas sociales y culturales de un modo coherente en el ámbito nacional y se proyectaría, debido a las corrientes económicas internacionales en una historia universal.

La idea que le da el nombre a la modernidad es la de lo nuevo. El progreso se convertiría en una constante representado en avances del conocimiento, la técnica y en el mejoramiento de la vida social.

Pero de qué se habla cuando se dice que la modernidad entró en crisis, dice el profesor Botero en el mismo artículo:

La hegemonía de la razón fue definitivamente destronada por tres grandes pensadores del siglo XIX y XX Schopenhauer, Nietzsche y Freud, para ellos la razón es unilateral; el hombre actúa pulsionalmente por medio de la voluntad, la voluntad de poder o la libido, respectivamente.

La idea de una historia universal como un discurso único y agrupador bajo un sentido estrictamente económico fracasó ante los procesos de atomización de las economías.

La modernidad en tanto fuerza innovadora estaba cargada ideológicamente de promesas: libertad, igualdad, emancipación liberación, lucha contra la ignorancia, deísmo, incluso ateísmo, bienestar y felicidad para todos. Promesas que al cabo del tiempo se esfumaron.

Si esa es la base de la modernidad, la pregunta que nos haríamos es ¿si no hemos estado en constante impugnación de esos indicadores, no es por el contrario América Latina un espacio en donde estos órdenes siempre se han transgredido? Mucho antes de la voluntad como representación, de la voluntad de poder y del psicoanálisis, América se formaba entre la razón y la no razón como dice el profesor Darío Botero, ya América había desbordado la capacidad de razonar, es decir América estaba por fuera de todo razonamiento europeo.

De igual manera ya Hegel en sus *Lecciones de Historia Universal* nos había sacado del discurso de la historia como discurso único "por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del sur y América del Norte... Es un país de nostalgia para todos los que está hastiados del museo histórico de la vieja Europa... Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Más como país del porvenir, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías..."

América es un continente de realidades, las promesas que han esfumado son las de los otros, América por lo mismo que se ha formado entre la razón y la no razón, entre la razón y el mito, ha hecho de las promesas parte de su vida cotidiana, por eso el discurso de la posmodernidad no puede venir y decirnos que ya no tenemos derecho a la utopía, porque la modernidad las agotó íntegramente todas; agotaría las de ellos, las nuestras están vigentes, en el solo hecho de poder ser latinoamericanos hay una utopía pero también una realidad, una historia.

Escribe el profesor Darío Botero "es evidente que rasgos de la modernidad se filtraron en nuestro universo cultural mezclados en un abigarrado sincretismo con formas diversas de tradicionalismo y de premodernidad; pero también de una creatividad y de una brusquedad de emancipación y de liberación más consistentes que en Europa. En Europa el proceso de emancipación se ha dado en forma dosificada a través de los siglos; en América es un huracán que barre formas y que crea otras nuevas con un vigor sin precedentes".²



Los volcancitos de turbaco en donde Humboldt, autor de esta acuarela, halló el árbol de Macondo. Biblioteca Nacional de París.

Desde luego que estas formas deben salir por las dinámicas propias y no por la globomanía que amenaza como otra utopía más, como otro metarrelato de los que aparentemente los europeos y americanos son conscientes de que están en crisis. La verdad de Latinoamérica está en comprender que por su formación cultural en la no-razón hace que seamos frente a los europeos como dos mundos asimétricos que evolucionarán en forma diferente, si se permite a la evolución cultural encontrar su camino, encontrar nuestro camino.

Paradójicamente ya en 1848 Andrés Bello anunciaba la necesidad de ser auténticos "nuestra civilización será juzgada también por sus obras; y si se le ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta no tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que hagan de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico: remeda las formas de nuestra filosofía y no se apropia de su espíritu. Su civilización es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene.

Y Martí en 1891 "...¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages: porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en

la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los Incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas".³

Y Leopoldo Zea en 1957 "Los emancipadores americanos, solo ante la incompreensión europea, se ven obligados a romper con las madres patrias. La rebeldía no es contra la cultura de que se saben hijos, sino contra el tutelaje que en nombre de la misma se quiere imponerles. Rotas las ligas políticas, la gran preocupación americana girará entorno a la capacidad de los americanos para reincorporarse a la cultura occidental. Ahora bien, ¿cómo es que se puede participar en esa cultura en otra forma que no sea la de subordinado, reflejo o eco de la misma?: SIENDO ORIGINALES (la mayúscula es mía), se contestan. La originalidad es el único rasgo que debe ser imitado por América. América debe imitar a Europa en esa su capacidad para ser original. Esto es, en su capacidad para enfrentarse a su propia realidad para tomar conciencias de sus problemas y buscar las soluciones adecuadas."⁴

Seguramente que si hacemos un análisis minucioso de la historia de nuestros intelectuales y de sus ideas, vamos a encontrar que siempre hay



alguno que habla, instiga o promueve la originalidad. La búsqueda de la originalidad no es un problema nuevo, por el contrario es un problema de siempre, lo que sería nuevo es dar los elementos para serlo y esos elementos solo se encuentran en las dinámicas de nuestras historias. Mucho después que Bello y que Martí y que muchos otros, la antropología se dio cuenta de la necesidad ya no de la historia sino de las historias, como formas de construcción de identidad. Si bien desde el folclore esta preocupación se hizo manifiesta pero como respuesta de una serie de intelectuales de corte romántico en Europa, frente a las culturas subalternas, llegándonos a América con matices políticos, en donde "lo propio" se resumía en una serie de objetos y actitudes circunscritos a una serie de zonas exclusivamente de tipo geográfico. Esta mirada "folclórica" de la identidad como dice⁵ Lombardi Satriani casi se vuelve, más que una técnica para rescatar la identidad, una técnica para el etnocidio. Una de las tareas más apremiantes que han emprendido muchos de nuestros científicos sociales en latinoamérica es la de desvincular lo folclórico con la identidad, es decir romper con el romántico esquema de que nuestra identidad está manifiesta en un "paquete" que en un momento de nuestra historia se llamó folclore y que se quedó estático en los libros de historia, geografía y español con los que se mal forman nuestros ciudadanos de casi todo el continente.

El viejo sistema de "entender" nuestra identidad a partir de una serie de objetos, comidas, bailes, entre otros, se quedaron atrás, cuando la mismas dinámicas de las sociedades latinoamericanas desbordaron estos esquemas simplistas y reduccionistas. Pero sí tenemos claro que somos parte de una historia universal y particular a la vez; que no es lo folclórico lo que determina nuestra identidad; que aparentemente nos hemos articulado a unas dinámicas sociales universales de consumo, de producción, de desarrollo, de conocimiento; etc, ¿qué es lo que falta para que, por ejemplo, en la competencia de la globaliza-

ción partamos de la misma raya que parten los otros y al final no nos saquen kilómetros de ventaja? La globalización, si me permiten la comparación, es igual a una carrera de cien metros internacional, todos pueden competir, es decir todos pueden salir de la misma raya, hasta ahí todo marcha bien, pero el problema es cuando suena la partida, los llamados a vencer será aquellos que conocen paso a paso, centímetro a centímetro el desempeño de su corredor, aquellos que a la capacidad física le han integrado su capacidad tecnológica, aquellos que descubrieron los materiales más sofisticados para evitar las fricciones del aire, aquellos que han invertido en la formación de su atleta miles y miles de dólares, los otros los que no hayan hecho este proceso, no tienen ninguna opción de ganar, de llegar sí, pero de último. La globalización es lo mismo, nos llaman a todos a participar, pero realmente quienes son realmente los beneficiados, solo aquellos que se saben, solo aquellos que se conocen, solo aquellos que se han estudiado. Algunos podemos



V. Primera edición de Utopía de Tomás Moro, quien se inspira en Vespucci y sitúa en el Brasil su república ideal. (Biblioteca Nacional de París).



quedar en un puesto honroso, y eso significa que podemos, pero no hay globalización para niveles de conocimiento, de la misma manera que no hay competencias internacionales para atletas con desarrollo tecnológico y sin desarrollo tecnológico.

La antropología y todas las otras ciencias sociales vienen dando buena cuenta de esta encrucijada: cómo sabernos, cómo ser contenido si no sabemos en que momento fuimos continentes, cómo significarnos si no hemos descubierto nuestros significantes, cómo llamarnos caribes o andinos si no está claro en qué radica ser colombiano, cómo ser colombiano o peruano si no tenemos claro qué es ser latinoamericano. Digo que la antropología, entre otros saberes sociales, vienen dando buena cuenta pues por lo menos está tratando de resolver el viejo dilema de si la identidad se encuentra en las diferencias culturales o en las reciprocidades con otras culturas. El ser latinoamericano está en las reciprocidades de los integrantes de todos los países o en las diferencias que nos caracterizan a cada uno de los países. Pero llegar a esta reflexión también indica que hay otras que se complican y en eso, excepto la filosofía, las otras disciplinas de las ciencias sociales no lo han resuelto: el problema de las categorías y de su aplicación en nuestras realidades. Decíamos al principio que los europeos se saben europeos porque detrás de ellos hay más de dos mil años de historia, de su historia, por lo tanto las categorías que ellos han inventado son el producto de su experiencia, el problema nuestro es que somos una región muy joven que está formando sus categorías o que las pide prestadas y a veces le quedan grandes o chiquitas. Pero si por ejemplo nos pensáramos como región, está claro el concepto de región o a la región le pasa lo mismo que al concepto de cultura que de ser el todo pasó, por ejemplo en Geertz, a ser simplemente el conjunto de significaciones comunes y entonces ya no hay una cultura sino muchas culturas. Igual es el caso de la identidad, ¿será que para todos los teóricos se mide por la carga histórica que se tenga en común?

Como dije al principio de este ensayo esta discusión está en formación, no creo que tengamos nada acabado, creo que sin llegar a ser muy pesimista hay cosas en las que estamos apenas iniciando. Dice un graffiti muy conocido en Bogotá, "no puede hablarse de paz si las cosas se arreglan como están", de la misma manera no podemos hablar de modernidad o posmodernidad o globalización cuando solamente el 20% de la población tiene un computador, cuando menos del 20% de la población tiene acceso a la universidad. Dice García Canclini que somos consumidores del siglo XX pero ciudadanos del XVIII; yo creo que igual seguimos siendo también consumidores del siglo XVI, ¿qué capacidad de consumo puede tener una mayoría que su ingreso mensual es de 250 dólares aproximadamente? ¿Cómo podemos ser consumidores de lectura si aún ronda el fantasma del silabeo? No sé cuántos estudios haya sobre si llegado el caso, el Internet se convierte en medio de educación, cómo va a resolver su problema más sencillo pero a su vez el más complejo: su lectura. La reflexión apenas banal que se hace es si no leemos en libros, que se dejan manipular, cerrar, abrir, transportar, cómo vamos a leer en una pantalla, a la que además de los problemas culturales que tenemos en lectura, se le agregan los problemas físicos que tiene el leer en una pantalla. Preguntas de este tipo y sus respectivas soluciones son las que realmente nos orientarían hacia un conocimiento más claro de lo que somos y de lo que podremos ser y por ende entrar de una manera más justa en esta imposterable carrera hacia la globalización.

NOTAS

- 1 *Revista Politeia*. Universidad Nacional. Crítica de la postmodernidad y la perspectiva de América Latina. Darío Botero. Pags 14 y 15.
- 2 *Ibid.* Pg 16.
- 3 *Nuestra América*. José Martí. Salvat Editores. Pag 20.
- 4 Leopoldo Zea. América en la historia. *Revista de Occidente*. Pag 14.
- 5 *Apropiación y destrucción de las culturas subalternas*. L.M. Lombardi Sartriani. Editorial Nueva Imagen. Pag 160.

